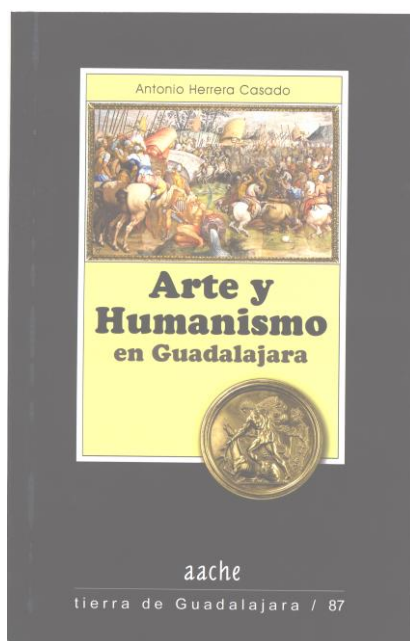


Herrera Casado, Antonio. *Arte y Humanismo en Guadalajara*. Guadalajara: Aache ediciones (col. Tierra de Guadalajara, 87), 2013. ISBN: 978-84-15537-31-1. 96 pp.

Reviewed by José Ramón López de los Mozos
(IS)



El libro que comentamos se estructura siguiendo un esquema muy similar al que su autor, Antonio Herrera Casado, utilizó a comienzos de los años ochenta para la publicación de su artículo titulado “El arte del humanismo mendocino en la Guadalajara del siglo XVI”, dado a conocer en la revista *Wad-Al-Hayara* 8 (1981), 345-384, aunque con numerosos aumentos documentales y ciertas matizaciones en lo referente a la interpretación de los frescos que decoran los techos del palacio del Infantado, publicadas más tarde por el profesor Fernando Marías, en el *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando* 55 (2º semestre 1982): 193-210 bajo el título de “Los frescos del palacio del Infantado en Guadalajara: problemas históricos e iconográficos”, realizados ambos trabajos siguiendo las normas de interpretación iconográfico-iconológica propuestas por Erwin Panofsky, es decir, aquellas que proceden de la búsqueda de una interpretación surgida de cada una de las pinturas, así como del conjunto de las mismas y de su disposición o distribución, que para Herrera Casado, como indica a modo de conclusión, vienen a ser una representación de “La Fama” de los Mendoza, apoyada en los hechos más relevantes de la saga familiar a lo largo de los tiempos, a través de la que tratan de demostrar su “Valor” y su “Virtud” para, con estos ingredientes, poder llegar a “Vencer el Tiempo”, como hasta cierto punto ha venido sucediendo gracias, precisamente, a la conservación más o menos íntegra de dichas pinturas, que son una forma propagandística de su “Gloria” y riquezas.

Todo ello según unos esquemas iconográficos humanistas previamente trazados, pero de los que desafortunadamente no se han encontrado todavía documentos precisos que de manera irrefutable muestren su paternidad, aunque exista una referencia a su

posible autoría por parte de los pintores italianos Alejandro Mayner y Julio de Aquiles, que llegaron a España gracias a Pedro Machuca y trabajaron en la Alhambra de Granada, concretamente en la Torre de las Damas (1533-1542), en cuyas estancias dejaron numerosas escenas de la fábula de Faetón, virtudes, alegorías, personajes, etcétera (Gómez-Moreno. “Los pintores Julio y Alejandro y sus obras en la Casa Real de la Alhambra”, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* XXVII, 1919, 20-35), aunque después se les pierde la pista, suponiéndose que colaboraron con el Bergamasco en el palacio del Viso del Marqués (Mayer, *Historia de la pintura española*. Madrid: 1928, 200).

Su índice es muy escueto, aunque su calado es profundo e interesante, dado que se trata de un tema poco estudiado en Guadalajara. Así, desde una concisa introducción donde se habla de los orígenes del libro, se dedica un breve espacio al propio palacio del Infantado; a los duques constructores y transformadores de su arquitectura y su decoración, adaptándola a la moda de cada momento; a los artistas que participaron en sus reformas, centrándose especialmente en la más controvertida de todas, llevada a cabo por el quinto duque -aquel don Íñigo López de Mendoza retratado por Tintoretto (1536-1601), cabeza de la Casa del Infantado desde 1566, aunque “*hombre vacío de ideas [que] vivió de las rentas intelectuales de su antecesor (y también de las económicas, pues él lo único que supo hacer, y lo hizo con largueza, fue gastar sumas fabulosas de dinero)*”-, para centrarse en la obra de Rómulo Cincinato -que según Marías permaneció trabajando en Guadalajara desde mayo de 1578 hasta mediados de agosto de 1579, y desde diciembre de ese mismo año, hasta julio de 1580, o sea 26 meses, y cuya actividad artística fue recogida por Palomino en *El Museo Pictórico y Escala Óptica* (Madrid 1715): “*En las casas del Excelentísimo Señor Duque del Infantado en Guadalajara, hizo muchas cosas al fresco, con muchos y varios adornos, que satisfacen a todos los que lo entienden*” y la decoración de alguna de las principales salas, para con estos antecedentes ofrecer una interpretación humanista del conjunto parietal representado a lo largo de cinco de ellas conocidas como “del Tiempo”, “de las Batallas”, “de Atalanta”, “del Día” y “de Escipión”, así como de dos saletas más denominadas “de los héroes romanos” y “de los héroes griegos”, que ocupan más de ciento treinta metros cuadrados, para finalizar con los jardines realizados a imitación de los del Laberinto de Creta, y unos apéndices documentales.

Herrera Casado propone un orden concreto para desentrañar el significado de las pinturas existentes, -actualmente más o menos velado, aunque en el momento en que fueron realizadas perfectamente comprensibles para las personas cultivadas-, contando incluso con las que no se han conservado.

Para ello hay que comenzar por la “Sala del Tiempo”, donde figura Cronos como auriga de un carro arrastrado por ciervos, rodeado por los signos del Zodiaco, que da entrada a la “Sala de las Batallas” (antiguamente conocida como “Sala de Don Zuria”, por sus luengas barbas blancas) la mayor de todas, en cuyo techo aparecen tres escenas bélicas dedicada la central -según Herrera Casado- a la batalla de Arrigorriaga, en la que Don Zuria, iniciador del linaje mendocino, sale vencedor contra los leoneses y se proclama señor de Vizcaya.

Todo ello acompañado de diversos tondos en los que se siguen representando escenas en las que se muestran otros triunfos y victorias familiares, al tiempo que se añaden disposiciones del alma como el Honor, la Fama, la propia Virtud o la Eternidad y donde los personajes mendocinos aparecen vestidos a la usanza de los antiguos romanos.

Desde la “Sala de las Batallas” se puede acceder a las dos saletas mencionadas: la “de los héroes romanos”, representados mediante escenas tomadas de la obra de Valerio Máximo, y a la “de los héroes griegos” u olímpicos, cuyas escenas fueron sacadas de Bocaccio, en la que numerosos personajes históricos y mitológicos se entremezclan con virtudes cristianas y dioses clásicos, quedando nítida la unión existente entre el Arte y el Humanismo.

El siguiente paso conduce al “lector de imágenes” a la “Sala de Atalanta”, quizá la más perfecta, dedicada a la fábula de Atalanta e Hipómenes recogida por Ovidio (*Metamorfosis* VIII), nombre que recibe esta sala en los planos que encontró Herrera Casado en la Colección Osuna del Archivo Histórico Nacional y cuyas escenas muestran a los dioses con un sentido que alude a la “lucha contra el Tiempo”, lucha que también continúa en la sala adyacente, dedicada a la “victoria del Día contra la Noche”, “la Aurora”, etcétera, y cuya decoración incide nuevamente en la importancia de la “Fama” llegó a significar entre los miembros más destacados de la saga familiar.

A todo lo anterior hay que añadir el significado de la traza de los jardines del palacio del Infantado, en los que hubo un gran laberinto, a imitación del de Creta, dedicado al Minotauro, claramente entroncado con la leyenda de Teseo que sirviéndose del hilo de Ariadna logró salir del mismo, lo que viene a significar el poder de la inteligencia en su lucha contra la adversidad.

Interesantes páginas las precedentes a lo largo de las que Herrera casado ofrece al investigador y también al interesado, numerosos datos que aporta a través de la documentación -que pone al día-, la amplia iconografía que acompaña a los textos, y las diversas interpretaciones -hasta ahora inéditas- acerca del programa humanista manierista que el quinto duque del Infantado introdujo en las reformas que llevó a cabo en su palacio de Guadalajara que, sin duda, ayudarán a conocer en profundidad ese edificio tan singular que es el palacio de los duques del Infantado, así como del amplio repertorio de pinturas humanistas del siglo XVI español.

El libro finaliza con una breve serie de cuatro apéndices: el primero es una relación de veintitrés escrituras protocolizadas por Diego de Cisneros, escribano público de Guadalajara y de los duques del Infantado, correspondientes a los años de la segunda mitad del siglo XVI comprendidos entre marzo de 1567 y el 24 de octubre de 1575, relativos a temas relacionados con el arte y la reforma del palacio del Infantado (AHN. Osuna. Leg. 2533-A); en el segundo, “El maestro cantero Pedro de Lezcano, vecino de Tamajón, se obliga con el maestro de cantería Juan de la Poza, que realiza obras en el palacio del Infantado de Guadalajara, a entregarle un cierto número de columnas, basas y capiteles con destino a esa obra” (AHPGU. Protocolo 133, escribano Pedro de Medinilla, folio 20, de 13 de febrero de 1570); en el tercero, “Los alfareros Pedro Díaz de Rueda, Tomás Román y Sebastián de Ortega, vecinos de Yunquera [de Henares], se obligan con Acacio de Orejón, maestro de obras del duque del Infantado, a entregar cierto número de ladrillos y de tejas para las obras del palacio de Guadalajara” (AHPGU. Protocolo 156, escribano Juan de Medina), y, finalmente, un cuarto apéndice, que consiste en una “Instrucción de lo que ha de hacer Sancho de Frías, alcaide la casa del duque del Infantado, y teniente de Alcaide del Alcázar de la ciudad de Guadalajara, durante la ausencia que de ella hace el citado duque” (AHN. Osuna. Leg. 1886-14 (2), de 21 de abril de 1604).

En suma, el libro que comentamos, dedicado a la memoria del profesor Santiago Sebastián López, constituye una importante aportación de Antonio Herrera Casado, Cronista Provincial de Guadalajara, al estudio del “Renacimiento alcarreño”, centrado,

principalmente, en las diversas artes que sirvieron para aupar socialmente -aún más- a la poderosa saga de los Mendoza, gobernada entonces por don Diego Hurtado, su primer duque. Dicha casa era una de las más preclaras de la España del momento, como se muestra en particular a través de las numerosas obras arquitectónicas que encargaron a sus arquitectos preferidos (Juan Guas, Enrique Egas, Lorenzo de Trillo, ...), esculturas, pinturas (debidas a Luis de Ribera, Pedro y Sancho de Zamora y Juan de Segovia, entre otros) y maravillosas colecciones de azulejos policromados (realizados por los mudéjares Mohamad Sillero, Alí Pullate, Bartolomé Cherino, Yhacaf de Palomares y otros), además de un amplio grupo de artesanos rejeros, carpinteros, alarifes, etcétera, cuyos nombres, en muchos casos, han llegado hasta nosotros gracias a su actuación en el palacio de Guadalajara, y que, en líneas generales, no fueron más que un simple reflejo del boato y la ostentación de un militar al servicio de los Reyes Católicos, que tanto se apartó del sabio comportamiento de su abuelo, el marqués de Santillana, al que tanto debe el humanismo filosófico y literario de Castilla.